

## Miércoles XII del TO Ciclo B



26 de junio de 2024

2Re 22, 8-13; 23, 1-3

Sal 118

Mt 7,15-20

P. Eduardo Suanzes, msps

Previene Jesús en el Evangelio contra el engaño de las palabras. Hay quienes llegan a la comunidad pretendiendo falsamente hablar en nombre de Dios (*falsos profetas*). Contrasta la suavidad de su lenguaje (*ovejas*) con su realidad interior (*lobos rapaces*), que los caracteriza como individuos que buscan sin escrúpulos su propio interés. El criterio para distinguirlos es su modo de obrar. Para Jesús, las obras brotan espontáneamente de la realidad interior. No moldean ellas la índole del hombre (doctrina farisea), sino que son el reflejo infalible de sus actitudes profundas. El obrar no determina la actitud, sino que nace de ella. Vuelve el tema de la limpieza de corazón de que había hablado con las bienaventuranzas. No hay vida interior independiente de la exterior: las obras delatan lo interior del hombre<sup>1</sup>.

Utiliza, para explicar lo mismo, otro argumento. Desde el fondo espiritual de su mensaje el Dios del que habla Jesús no es mercantil, ni es «juez», sino Abbá misericordioso, fluir amoroso de Vida. Este Dios-Amor es un anuncio gozoso (es la «Buena Nueva», el «*evangelion*»), pero implica también una exigencia. Porque saber esto, experimentar esto, lleva a implicarse, a vivirlo en la propia existencia. ¿Cómo?: sintiéndose-viviendo en el Abbá-Amor común, que no es otra cosa que sintiéndose hermana-hermano de todas las personas en el Amor donativo de cada día. No vale ampararse en un Dios-Amor que es amor-perdón continuo para vivir una vida de odio, o de utilización del prójimo en provecho propio, o de causar daño-sufrimiento al prójimo, aunque la Ley lo ampare. Esa es una utilización de Dios con la que Jesús fue intolerante. Porque: «*No todo el que me diga ¡Señor, Señor! entrará en el reino de Dios, sino el que cumpla la voluntad de mi Padre del cielo*». Hacer la voluntad del Padre, es «poner en práctica las palabras de Jesús» de que habla. De eso se trata. De poco valen las ideas, por muy bellas que sean, si las obras van en sentido contrario. De nada sirve decir que se ama a Dios y que se es hijo de Dios, si luego esa persona se dedica a cargar fardos pesados en la vida de sus hermanos. Porque, como recordará más tarde el propio Mateo en otro pasaje «ejemplarizante», de lo que se trata es de amar, de practicar la compasión, de hacer que la vida fluya: «*Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y acudisteis a mí.*» (25,35-36).

En resumidas cuentas, nos invita Jesús a no dejarnos llevar por las apariencias ni que tampoco nos movamos por las ilusiones de lo que creemos bueno o no. Los frutos, dice

---

<sup>1</sup> Cfr. Juan Mateos- Fernando Camacho. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981

Jesús, son el criterio de evaluación. Pero los frutos. Es decir, tampoco vale un árbol que no dé frutos. Todo árbol da fruto sea de la especie que sea, pero da su fruto: comible o incomible, pero fruto.

Sin embargo, Jesús nos advierte de vivir una vida sin fruto: creo yo que como todo fruto es bueno, en sentido estricto, un hombre que no diera fruto sería como si diera fruto malo. ¿Cuáles son los buenos frutos?

El hombre, por ser hombre creado a imagen de Dios, es hombre cuando sus acciones son creadoras, transparentes, misericordiosas, compasivas, amables, redentoras, pacíficas, caritativas, etc...; es decir cuando su vida se mueve bajo la repercusión de los frutos del Espíritu Santo. Somos verdaderos seres humanos cuando nos movemos en estas dimensiones y coordenadas. Y si tropezamos, tratamos de rectificar y acomodar nuestro falso y viejo yo al verdadero que es Cristo Jesús.

¿Y cuáles son los frutos malos? Es extraordinaria la comparación que él hace del lobo con piel de cordero para representar a la persona oculta, falsa y agazapada tratando de pasar desapercibida, pero con un interés oculto y devorar a su hermano a la mínima de cambio. O, no necesariamente al hermano, sino, en muchas ocasiones, devorar otros intereses ocultos no confesables a plena luz del día porque revelarían su auténtica naturaleza de lobo.

En la espiritualidad de la Cruz creo yo que tenemos una herramienta extraordinaria para trabajar y profundizar en ello y descubrir todo lo que en mí no es genuino, es decir, lo que no es acorde con mi auténtico yo: y es la Novena Regla de la Cadena de Amor: «*Deben vivir una vida sobrenatural con **la pureza de intención** y serles familiar la presencia de Dios*»<sup>2</sup>

Aquí se nos está diciendo que mientras no hay una intención recta no hay vida sobrenatural auténtica y que en la medida que va siendo más pura nuestra intención la vida sobrenatural se va haciendo cada vez más transparente: y por los frutos seremos conocidos. Si no hay pureza en nuestra alma no puede haber pureza en nuestra intención ni, por supuesto, tampoco en nuestras actitudes. La pureza es una virtud a la que debemos tender sí o sí, no hay excepciones. Por eso nuestro fundador el P. Félix, el Hijo de la Pureza, como lo llamaba Concepción Cabrera, amaba tanto esta virtud y la pedía especialmente para sus hijos. En la espiritualidad de la cruz o se tiende **conscientemente** a la pureza, es decir, se busca con intención, o nos quedaremos fuera de esta espiritualidad.

Los frutos, los frutos, son los que miden la pureza de intención porque son la expresión de lo que llevamos dentro.

---

<sup>2</sup> CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA. *Cuenta de Conciencia* 22,271; 2 de abril de 1906